

SEGUNDO ACTO



VENDALE SE DECLARA

Verano y otoño habían concluído. Acercábanse la Navidad y el año nuevo. Como fieles albaceas, determinados a cumplir su deber para con el difunto, Vendale y Bintrey habían tenido más de un consejo. El hombre de leyes hizo resaltar primero la imposibilidad material de seguir cualquier marcha regular. ¿No había realizado el mismo Wilding cuanto podía hacerse útil y sensato para descubrir al propietario legítimo de los bienes que tenían entre manos? Del fracaso de esas diversas tentativas deducía-se claramente que el tiempo o la muerte no habían dejado huella alguna del niño adoptado. ¿A qué, pues, continuar insertando anuncios, si no se quería entrar en particularidades explicativas? Y, de

entrar en ellas, ¿no era seguro que verían venir la mitad de los impostores de Inglaterra?

—Si hallamos algún día una probabilidad, una ocasión—decía Bintrey—la asiremos por los cabellos... si no... Pues bien, reunámonos para otra consulta, el día del primer aniversario de la muerte de Wilding.

Tal fué el parecer del apoderado. Así es que Vendale, aunque animado del más formal deseo de cumplir la voluntad del amigo a quien había perdido, tuvo que dejar dormir el asunto por el momento.

Abandonando, pues, los intereses de lo pasado para pensar en los del porvenir, el joven veía ante sus ojos cada vez más incierto ese porvenir. Desde su primera visita a Soho Square, habían transcurrido ya meses, y hasta entonces, el único lenguaje que pudo emplear para dar a entender a Margarita que la amaba, fué el lenguaje de los ojos, fortalecido a veces por un rápido apretón de manos. ¿Cuál era, pues, el obstáculo que se oponía al avance de sus esperanzas? Siempre el mismo. En vano se presentaban ocasiones; por más que Vendale redoblaba sus afanes para llegar a hablar un momento a solas con Margarita, todas esas tentaciones acababan con la misma decepción y el mismo accidente. Al pre-

sentarse el instante favorable, hallaba Obenreizer medio de aparecer allí.

¿Qué hacer? Corrían los últimos días del año. Vendale creyó haber hallado al fin una casualidad propicia, y esta vez juró aprovecharla para hablar con la joven suiza. Acababa de recibir una cordialísima esquela de Obenreizer, convidándole a una cena en familia, en Soho Square, con motivo del año nuevo.

«No seremos más que cuatro invitados» decía la carta.

—¡No seremos más que dos!—dijo con resolución Vendale.

En Inglaterra la solemnidad del primero de año consiste en dar cenas o en asistir a las cenas del prójimo, nada más. Al otro lado del Estrecho, la costumbre en semejante día es ofrecer presentes y recibirlos. Ahora bien, siempre es posible aclimatar una costumbre extranjera; y Vendale no titubeó un instante para intentarlo. Para él, la única dificultad fué decidir el regalo que iba a ofrecer a Margarita. De ser demasiado rico el obsequio, lastimaría el orgullo de aquella linda hija de campesinos, la cual sentía con impaciencia la desigualdad de condición social que entre ella y él mediaba. Un regalo que hubiese podido hacer un pobre, parecíale a Vendale el único capaz de encontrar el camino del corazón de la suiza. Resistió

UNIVERSIDAD BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. LYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

camente a la tentación que los diamantes y rubíes le proporcionaban y compró un broche de filigrana de Génova, el adorno más sencillo que pudiera descubrir en la joyería.

El día de la cena, cuando entraba Vendale en la casa de Soho Square, salióle al encuentro Margarita. El deslizó suavemente su regalo en la mano de la joven.

—Este es el primer día de año nuevo que pasa usted en Inglaterra—dijo;—¿me permite usted imitar lo que en semejante día se hace en su país?

Ella dió las gracias no sin cierta cohibición, mirando el estuche, sin saber lo que pudiera contener. Así que lo hubo abierto, y que vió la sencillez de la ofrenda, adivinó sin esfuerzo la intención del joven, y, volviéndose radiante hacia él, le decía con la mirada:

—«¿Por qué habría de ocultarle que ha sabido usted darme gusto y halagarme?»

Vendale no la había hallado nunca tan seductora como en aquel momento, con su traje de invierno: falda de seda oscura, cuerpo de terciopelo negro, que le subía hasta el cuello y adornado con plumilla de cisne. Nunca había admirado tanto el contraste de sus cabellos negros con su deslumbradora tez. Hasta que ella le dejó para acercarse a un espe-

jo y substituir por el broche de filigrana el que antes llevaba, no se enteró Vendale de que había otras personas sentadas en el cuarto. Las manos de Obenreizer tomaron entonces posesión de sus codos, y aquél le dió las gracias por la atención que para con Margarita había tenido.

—¡Un regalo de tanta sencillez demuestra muy delicado tacto en quien lo hace!—dijo Obenreizer en tono casi imperceptible de burla.

En aquel momento enteróse Vendale de que había otro invitado a la comida de familia.

Un solo invitado. Obenreizer se lo presentó como paisano y amigo. La cara de ese compatriota era triste e insignificante; el cuerpo del tal amigo era grueso; su edad, el otoño de la vida. En el transcurso de la velada tuvo ocasión de desarrollar dos disposiciones o dos capacidades poco comunes. Nadie sabía mejor que él ser mudo; nadie vaciaba más pronto las botellas, que el amigo y paisano de Obenreizer.

La señora Dor no estaba en el piso; no dejaron de justificar su ausencia. Parece ser que las costumbres de la buena señora eran tan sencillas que nunca comía más que a medio día.

—Vendrá a disculparse luego—dijo Obenreizer.

Vendale se preguntaba si la ausencia de la señora Dor tendría otra razón que no fuera la sencillez de sus gustos. Pensó que ella había interrumpido por una vez sus ocupaciones domésticas ordinarias, que consistían en limpiar guantes, y que se dignaba cocinar. La verdad de esa suposición manifestóse a los primeros platos que sirvieron y que demostraban un arte culinario superior a la cocina inglesa elemental y brutal. La cena fué perfecta. En cuanto a los vinos, los ojazos siempre en movimiento del convidado mudo, los ponderaban elocuentemente, y los codiciaban, seducidos, extasiados. Cuando la botella llegaba llena, exclamaba él: «¡Bueno!» y cuando se la llevaban vacía suspiraba: «¡Ah!» Esa fué toda la cantidad de ingenio y de alegría que desplegó durante la comida.

El silencio es a veces contagioso; abrumados por sus preocupaciones personales, Margarita y Vendale cedían a tan buen ejemplo de mutismo. Todo el peso de la conversación recayó en Obenreizer, que lo aceptó valerosamente.

Abrió y esparció su corazón.

—Soy un extranjero iluminado—dijo.

¡Y he aquí que canta las alabanzas de Inglaterra!

Y una vez agotados los demás temas, volvió a esa fuente inagotable, haciendo

siempre correr ese arroyuelo con la mano.

—Examinen ustedes la nación inglesa. ¡Qué hombres, altos, robustos y limpios! Vean las ciudades. ¡Qué magnificencia en los edificios! ¡Qué orden y regularidad en las calles! ¡Admiren ustedes sus leyes que combinan el eterno principio de justicia con el otro principio eterno de respeto y amor de las libras, los chelines y peniques! ¿No se aplica en Inglaterra ese producto acuñado a todas las injurias civiles, desde la causada al honor del hombre, hasta a la que se hace a sus narices? Que usted ha seducido a mi hija, ¡ea! ¡vengan peniques, chelines y libras! ¡Que me ha echado usted al suelo y me ha dado trompazos en la cara, vengan libras, peniques y chelines! Después de esto, pregunto a ustedes ¿adónde puede detenerse la prosperidad material de semejante país?

Obenreizer, dirigiendo una mirada a lo por venir, intentó en vano entrever el fin de esa prosperidad sin límites. Su entusiasmo pidió permiso, según la moda inglesa, para exhalar en un brindis.

—¡Ved terminada nuestra modesta cena!—exclamó.—¡He aquí, sobre la mesa, nuestro frugal postre! ¡Ved aquí al admirador de Inglaterra que se amolda a las costumbres inglesas y pronuncia un discurso! ¿Un brindis a esas blancas ri-

beras escarpadas de Albión, señor Vendale? ¡Un brindis a sus virtudes patrióticas, a su buen clima, a sus encantadoras mujeres, a sus hogares, a su *Habeas corpus*, a todas sus instituciones, a Inglaterra! ¡Heep!... ¡heep!... ¡heep! ¡hurra!...

Apenas hubo proferido Obenreizer la última nota del viva británico; apenas el amigo mudo había saboreado la última gota contenida en su copa, el festín fué interrumpido por un golpe dado en la puerta. Entró una criada, llevando a su amo una carta. Obenreizer abrió el sobre, leyó la misiva y la tendió a su compatriota con expresión de visible contrariedad. El espíritu entorpecido de Vendale se despertó de pronto. El joven empezó a vigilar a su huésped. ¿Habría encontrado al fin un aliado, bajo la forma de aquella carta tan mal acogida por el suizo? ¿Se presentaba al fin la casualidad durante tanto tiempo esperada?

—Mucho me temo que no haya remedio—dijo a su paisano Obenreizer—y que tengamos que salir.

El amigo mudo le devolvió la carta encogiéndose de hombros y se virtió media copa. Sus gruesos dedos se enroscaron tiernamente en el gollete de la botella, cual si quisiera estrecharla con amor una vez más antes de despedirse de ella. Sus enormes ojos miraron, como

a través de la niebla, a Margarita y a Vendale. Realizó un esfuerzo terrible, y de sus labios salió de un tirón una frase entera.

—Creo—dijo—que yo hubiera deseado un poco más de vino.

Tras lo cual le faltó el aliento. Respiró convulsivamente y se encaminó a la puerta.

—Estoy lastimado, confuso y desesperado por lo que sucede—dijo Obenreizer a Vendale.—A un compatriota mío le ha ocurrido una desgracia. Está solo; este amigo que ve usted aquí y yo no tenemos más remedio que ir a verle y socorrerle. ¿Qué puedo decir a usted para disculparme? ¿Cómo describirle mi disgusto por verme así privado del honor de su compañía?...

Se detuvo, con la esperanza visible de que Vendale cogería el sombrero para retirarse. Pero éste creía haber cogido al fin la ocasión de una conversación a solas con Margarita.

—No se disguste tanto por eso, se lo ruego—dijo.—Esperaré aquí su vuelta con mucho gusto.

Margarita se sonrojó extraordinariamente y fué a sentarse ante el bastidor de tapicería, en el hueco de la ventana. Los ojos de Obenreizer cubriéronse de su nube, y por los labios le pasó una sonrisa un tanto amarga. Decir a Vendale

que no esperaba volver temprano, hubiera sido exponerse a ofender a un hombre cuya benevolencia tenía para él grande importancia comercial. Aceptó, pues, su derrota, del mejor modo posible.

—¡Enhorabuena!—exclamó.—¡Qué franqueza!... ¡Qué amistad!... ¡Qué inglés es éste!

Agitábase mucho, aparentando buscar en derredor suyo un objeto que al parecer necesitaba. Desapareció un momento por la puerta que daba a la habitación contigua, volvió luego con el sombrero y el gabán, anunció que regresaría en cuanto pudiese, apretó los codos de Vendale, y salió con el amigo mudo.

Vendale se volvió hacia la ventana en donde estaba sentada Margarita.

Allí, cual si hubiera caído del techo o surgido del suelo, allí, en su actitud sempiterna, de cara a la estufa, hallábase un obstáculo inesperado, en forma de señora Dor. Esta se incorporó, miró por encima de su ancho y carnoso hombro, y volvió a caer sobre la silla como una masa. ¿Trabajaba? Sí. ¿Limpiando los guantes de Obenreizer? No. Zurciendo las medias.

La situación tornábase muy cruel. Dos medios acudieron a la imaginación de Vendale. ¿Era posible deshacerse de la señora Dor y encerrarla en la estufa?

La estufa no podría contenerla. ¿Era posible tratar a la buena señora, no ya como a persona viva, sino como a un objeto mueble? ¿Podía, con un esfuerzo de inteligencia llegarse a considerarla, por ejemplo, como una cómoda, y su tocado de gasa negra, como un objeto que se le hubiera dejado encima por accidente? Sí, podía realizarse ese esfuerzo, y la inteligencia de Vendale así lo hizo. Fué éste a tomar asiento en el hueco de la ventana, muy cerca de Margarita y del bastidor. La cómoda efectuó un ligero movimiento; pero no le acompañó observación alguna. Recordad que un mueble grande es difícil de mover.

Más silenciosa y azarada que de costumbre, Margarita sentía cierta emoción. Sus hermosos colores desaparecieron de sus mejillas; una energía febril le corrió por los dedos; la joven se inclinó contra el bordado, trabajando con tanta actividad como si trabajase para comer. No estaba casi menos agitado Vendale; comprendía los muchos miramientos que se requerían para inducir suavemente a Margarita a escuchar su declaración y a que, a cambio de ésta, le hiciera ella otra. El amor de una joven es cosa delicada que no se debe tratar bruscamente; por eso Vendale ensayó primero un sistema de aproximaciones graduales; dió rodeos y escuchó sumisamente la voz que, muy

queño, le decía que fuera más circunspeto. Hábilmente condujo la memoria de Margarita a lo pasado, a la época de su primer encuentro, cuando viajaban por Suiza. Así hicieron revivir entre ellos las sensaciones antiguas y los recuerdos de aquel tiempo feliz que ya no existía. Paulatinamente se desvaneció el azaramiento de Margarita; ésta sonrió y escuchó a Vendale; le sonreía, y la aguja volvía a ser perezosa. La joven dió más de una mala puntada en su labor. A todo esto, entrambos jóvenes hablaban cada vez más abiertamente, en voz baja, y los dos rostros se inclinaban uno hacia el otro.

La señora Dor se portó como un ángel. Ni una sola vez se volvió ni dijo una palabra. Continuó peleándose con las medias de Obenreizer, teniéndolas estrujadas bajo el brazo izquierdo y levantando al cielo el derecho. Los amantes tuvieron momentos deliciosos e indescriptibles, en los cuales la señora Dor parecía estar sentada al revés y no ver más que sus piernas, sus propias y respetables piernas que se agitaban en el aire. Estos movimientos ascensionales se sucedían, aunque más lentamente a medida que pasaban los minutos. Al mismo tiempo, la gasa negra se balanceaba en la cabeza de la señor Dor, se echaba adelante, volvía luego atrás. Un paquete

de medias se escapó de las rodillas de la anciana y se quedó en el suelo; un enorme ovillo de lana siguió a las medias y fué a rodar por la mesa. De nuevo entró en donde la cofia de gasa. Sobre el cuchi-cho de los enamorados elevóse un sonido extraño, que se parecía algo al maullido de un gato grande, y algo también al chirrido de una tabla tierna cuando la cepillan. Y es que la naturaleza y la señora Dor habíanse puesto de acuerdo para la mayor dicha de Vendale; la vieja suiza, la mejor de las mujeres, dormía.

Levantóse Margarita para sacarla de las dulzuras de aquel reposo de ocasión. Vendale retuvo a la joven por el brazo y la empujó suavemente hacia la silla.

—No la moleste usted—balbució.—Mucho ha que espero el momento de decir a usted un secreto. Déjeme que hable al fin.

Margarita tornó a su asiento, intentó tomar de nuevo la aguja; pero un vélo le cubría los ojos, y su mano temblaba.

—Hace un instante—dijo Vendale—recordábamos ese tiempo feliz en que nos encontramos y en que, por primera vez, viajamos juntos. ¡Oh! Tengo que hacerle una confesión, Margarita; le he ocultado algo. Cuando, más tarde, hablé a usted de ese primer viaje, le comuniqué cuantas impresiones había yo

traído a Inglaterra, salvo una sola. ¿Puede usted adivinar qué impresión era esa que borraba todas las demás?

Los ojos de Margarita permanecieron clavados en el bordado y volvió el rostro. Grandes señas de turbación empezaron a manifestarse sobre su casto corpiño de terciopelo negro, no lejos de las blancas regiones cuyo paso cerraba el broche de filigrana. No contestaba una palabra. Y, no obstante, Vendale insistía sin piedad para obtener respuesta.

—¿Cuál era—dijo—esa impresión que traje de Suiza?... ¿No la adivina usted?

Esta vez le miró Margarita con una ligera sonrisa.

—Supongo—dijo—que sería la impresión de la belleza de las montañas.

—No... no... ¡Una emoción mucho más preciosa que esa!

—¿La belleza de los lagos, entonces?

—No; los lagos se me han hecho más queridos porque me recuerdan esa emoción que no puede expresarse con ninguna palabra. Me gustan los lagos; mas no está su belleza íntimamente ligada a mi felicidad en lo presente ni a mi esperanza en lo por venir. De usted es de quien depende esa felicidad. Sólo usted puede hacerme bella y amable la vida, Margarita, por una palabra salida de sus labios. ¡La amo!...

Inclinóse la frente de Margarita cuan-

do Vendale tomó la mano de ésta. Jorge atrajo a sí a la joven y la miró. De sus hermosos ojos celestes escapaban lágrimas y rodaban despacito por sus brillantes mejillas.

—¡Oh! Señor Vendale—dijo tristemente,—más hubiera valido que guardase usted su secreto. ¿Ha olvidado usted la distancia que nos separa? Lo que usted dice no puede ser nunca... nunca, jamás...

—No puede haber entre nosotros más distancia que la que usted misma establezca, Margarita, no amándome cuando yo la amo. No hay jerarquía superior a la de usted, en el reino de la bondad y la belleza. Dígame, Margarita, dígame muy bajito esa sola palabrita que le pido y que me hará ver si quiere usted ser mi esposa.

La joven suspiró.

—¡Piense en su familia—musitó—y piense en la mía!

Vendale la atrajo lo más cerca de su corazón y la dijo:

—Si deja usted detenerse por un obstáculo como ese, ¿sabe usted lo que crearé, Margarita?... Pues que la he ofendido.

Margarita se estremeció.

—¡Oh!—exclamó—¡No crea usted semejante cosa!

Aun no habían salido de sus labios

esas palabras, cuando comprendió el sentido que no podía menos de darle Vendale. Habíasele escapado a pesar suyo su declaración. Encantador sonrojo le invadió el rostro; realizó un esfuerzo para desprenderse del brazo del joven; lo miraba con aspecto de súplica; intentó hablar; pero la voz expiró en sus labios, entre un beso que él acababa de darle.

—Déjeme retirarme, señor Vendale—dijo.

—Llámeme usted Jorge.

Margarita dejó que la cabeza del joven se posase en su seno. Al fin su corazón se llegó a él.

—¡Jorge!—balbució Margarita.

—Dígame que me ama.

Los brazos de la joven rodearon el cuello de Jorge; su boca rozó la ardiente mejilla de Vendale, y murmuró estas deliciosas palabras:

—¡Le amo!

Hubo un momento de silencio, pronto turbado por el ruido de la puerta de la casa que se abría y se cerraba. El ruido llegó por fortuna a los oídos de ambos amantes, en el silencio de aquella noche de invierno, y Margarita se levantó sobresaltada.

—¡Déjeme escuchar!—dijo.—¡Es él!

Salió precipitadamente del cuarto y, al pasar, tocó en el hombro a la señora

Dor. La buena mujer se despertó con un ronquido terrible, miró por encima de su hombro izquierdo, luego por encima del derecho y, después, a sus rodillas. No vió en ellas ni medias, ni lana ni aguja. Entretanto, las pisadas de Obenreizer resonaban en la escalera.

—¡Dios mío!—dijo la señora Dor, hablando a la estufa.

Vendale recogió medias y ovillo y echósele todo a la anciana.

—¡Dios mío!—repitió ésta, en tanto que aquel chaparrón se internaba en su vasto regazo.

Abrióse la puerta, y entró Obenreizer. A la primera ojeada vió que Margarita estaba ausente.

—¡Cómo!—exclamó.—¿Se ha retirado mi sobrina? ¿No le ha hecho a usted compañía, señor Vendale? Eso es imperdonable; voy a traerla.

Vendale le detuvo.

—No moleste usted a la señorita de Obenreizer—dijo.—Veo que ha vuelto usted sin su amigo.

—Se ha quedado con nuestro compatriota para consolarle. ¡Una escena que es para desgarrar el corazón, señor Vendale! ¡Los penates en el Monte de piedad! ¡Toda una familia sumida en llanto! Todos nos hemos abrazado en silencio. ¡Mi amigo ha sido el único que ha permanecido dueño de sí!

Y, dicho esto, mandó a buscar vino.
—¿Puedo decirle dos palabras en particular, señor Obenreizer?—preguntó Vendale.

—Desde luego.

Obenreizer se volvió hacia la señora Dor.

—Buena y querida criatura—le dijo—sucumbe usted a la necesidad de reposo. El señor Vendale la disculpa.

Púsose la anciana en camino, y no sin gran trabajo emprendió el viaje desde la estufa hasta su cama. Cuando andaba, dejó caer una media; recogióla Vendale y abrió la puerta a la buena señora. Esta avanzó un paso. ¡Y he aquí otra media por el suelo! Vendale volvió a agacharse, y Obenreizer intervino con abundantes excusas, al tiempo que dirigía a la vieja suiza cierta mirada que acabó de trastornarla. Esta vez, todas las medias rodaron juntas por el suelo, y la señora Dor huyó espantada, en tanto que Obenreizer barría con ambas manos, enfurecido, todo el pavimento.

—¡Señora Dor!—exclamó.

—¡Dios mío!

Oyóse un silbido en el aire, y la señora Dor desapareció bajo una granizada de medias. Obenreizer estaba fuera de sí.

—¿Qué pensará usted, señor Vendale—dijo,—de este deplorable desorden de detalles domésticos en mi casa? Yo me

avergüenzo de veras. ¡Ah! Mal empezamos el nuevo año: todo sale al revés esta noche. Tenga la amabilidad de sentarse y dígame lo que quiere tomar. ¿No hemos de demostrar juntos nuestro respeto a una de las grandes instituciones inglesas? A decir verdad, mis estudios, todos mis estudios se reducen a ser un compañero alegre. Le propongo un *grog*.

Vendale declinó el *grog*, con todo el respeto debido a esa gran institución ponderada irónicamente por Obenreizer.

—Deseo hablar con usted de una cosa que me interesa más que nada en el mundo—dijo.—Habría podido usted observar, ya en los primeros instantes de nuestro encuentro, la admiración que su encantadora sobrina me ha inspirado.

—Es usted bueno, señor Vendale. Le doy las gracias en nombre de mi sobrina.

—Quizá haya usted observado también en esta última época, que mi admiración por la señorita de Obenreizer se ha trocado en un sentimiento más profundo... más tierno...

—¿Le llamaremos el sentimiento de la amistad, señor Vendale?

—Déjele usted el nombre de amor... y se acercará más a la verdad.

Obenreizer saltó fuera de su butaca. Las extrañas palpitaciones, casi imperceptibles, que en él eran el más seguro

indicio de próxima cólera, declaráronse en sus mejillas.

—Usted es tutor de la señorita Margarita—prosiguió Vendale.—Le pido que me conceda el mayor de los favores, la mano de su sobrina...

Obenreizer volvió a caer en la butaca.

—Señor Vendale—dijo,—me deja usted petrificado.

—Esperaré—contestó Vendale,—esperaré que se haya usted repuesto.

—¡Bueno!—exclamó Obenreizer.—¡Una palabra, antes de que vuelva yo en mí! No habrá dicho usted nada de esto a mi sobrina.

—He abierto mi corazón a la señorita Margarita, y tengo motivos para suponer...

—¡Cómo! ¿Ha hecho usted semejante petición a mi sobrina, sin solicitar mi consentimiento?... ¿Eso ha hecho usted?

Golpeó violentamente en la mesa y, por primera vez, perdió todo dominio de sí mismo, y añadió:

—¡Vaya una conducta la suya! Y ¿cómo podría usted justificarla, de hombre de honor a hombre de honor?

—Mi justificación es muy sencilla—replicó Vendale sin desconcertarse;—esa es una de nuestras costumbres inglesas. Y usted admira grandemente los usos e instituciones de Inglaterra. Hon-

radamente, no puedo decirle que me arrepiento de lo hecho. Pero me debo a mí mismo el asegurarle que en este asunto no he procedido con intención de faltar a usted al respeto. Sentado esto, ¿puedo suplicarle que me diga francamente la objeción que presenta usted contra mi petición?

—¿Qué objeción?—dijo Obenreizer.—Es que mi sobrina y usted no son de la misma clase. Hay desigualdad social. Mi sobrina es hija de un labriego; usted es hijo de un aristócrata. Me honra usted mucho... muchísimo—añadió, volviendo a la obsequiosa urbanidad de que nunca se había apartado hasta el día;—un honor que merece todo mi agradecimiento. Pero, ya le digo, la desigualdad social es harto manifiesta, y, por parte de usted, sería demasiado grande el sacrificio. Ustedes, los ingleses, son una nación orgullosa. Yo he vivido bastante en este país para saber que una boda como la que usted me propone sería un escándalo. Ni una sola mano se abriría ante su mujer aldeana, y le abandonarían a usted todos sus amigos...

—Un momento—dijo Vendale interrumpiéndole a su vez.—Puedo pretender saber tanto como usted mismo acerca de mis paisanos y, en particular, de mis amigos. A los ojos de todos aquellos cuya opinión tiene para mí algún valor,

mi misma mujer sería la mejor explicación de mi boda. Si no estuviera segurísimo—note usted que digo segurísimo—de ofrecer a la señorita Margarita una posición que ella puede aceptar sin exponerse a humillación alguna, ¿entiende usted bien? a humillación alguna, no pediría yo su mano... ¿Hay algún otro obstáculo, fuera de ese?... ¿Tiene usted que hacerme alguna otra objeción personal?

Obenreizer le tendió ambas manos, a modo de protesta cortés.

—¡Una objeción que le sea personal! —dijo.—Señor mío, esa sola pregunta es para mí bien penosa.

—¡Bueno!—exclamó Vendale.—Ambos somos hombres de negocios. Usted esperará, naturalmente, verme justificar ante sus ojos mis medios de existencia; puedo explicarle en tres palabras el estado de mi fortuna: he heredado de mis padres veinte mil libras. Por la mitad de esa suma, recibo una renta vitalicia que, si muero, pasará a mi viuda. Si dego hijos, el capital será repartido entre ellos a su mayor edad. La otra mitad de mis bienes está a mi libre disposición. La he colocado en nuestra casa de comercio, que veo prosperar de día en día; sin embargo, hoy no puedo evaluar los beneficios en más de mil doscientas libras anuales. Una usted a eso mi renta vita-

licia, y tendremos un total de mil quinientas libras. ¿Tiene usted algo que decir en contra mía acerca de esto?

Obenreizer se levantó, dió una vuelta por el cuarto. No había en modo alguno qué decir ni qué hacer.

—Antes de responder a su última pregunta—dijo, tras un discreto examen de sí mismo,—le pido que me permita llegarme un momento al lado de Margarita. Por lo que me ha dicho usted hace poco, he deducido que ella responde a los sentimientos de usted.

—Es cierto—dijo Vendale;—tengo la indecible dicha de saber que me ama.

Obenreizer permaneció al principio silencioso. La nube le cubrió las pupilas, y el latido imperceptible le agitó las mejillas.

—Dispéñeme unos minutos—dijo con su cortesía ceremoniosa,—quisiera hablar a mi sobrina.

Luego saludó a Vendale y salió del cuarto.

Vendale, al quedarse solo, empezó a indagar la causa de la inesperada negativa con que tropezaba. Desde hacía algunos meses, Obenreizer habíale impedido cortejar a Margarita. Ahora, oponíase a una boda tan ventajosa para su sobrina, que su ingenioso espíritu no podía hallar en contra ninguna razón grave. ¡Qué conducta tan incomprensi-

ble la de Obenreizer! ¿Qué significaba aquello?

Para explicárselo a sí mismo, Vendale descendió al fondo de las cosas; recordó que Obenreizer era un hombre de su edad y que Margarita sólo era sobrina suya a medias. Con los rápidos celos de los amantes, preguntóse si tendría ante sí al mismo tiempo un rival temible y un tutor que conquistar. Esta idea no hizo sino cruzar por su imaginación, nada más. La sensación del beso de Margarita, que le abrasaba aún la mejilla, recordó-le que cualquier movimiento de celos, aunque fuese pasajero, era una ofensa para la joven.

Reflexionando bien, pudiera creerse que un motivo personal y de índole muy distinta dictaba a Obenreizer tan sorprendente conducta. La belleza y gracia de Margarita eran preciosos adornos de aquel hogar. Imprimían encanto e importancia a la casa, daban a Obenreizer armas para subyugar a aquellos a quienes necesitaba, cierta influencia con la cual podía contar siempre para dar atracción a su alrededor y de la que podía usar para su mansión. ¿Era hombre capaz de renunciar, sin compensación, a todo eso? Claro está que el emparentar con Vendale le ofrecía serias ventajas. ¡Pero en Londres había centenares de hombres mucho más poderosos, más

acreditados que Jorge, y tal vez había colocado él mucho más alto sus miras y esperanzas!

En el mismo instante en que esa última hipótesis cruzaba por la imaginación de Vendale, apareció Obenreizer, para responder a ella o para no responder, como se verá por la continuación de este relato.

En la actitud y en toda la persona de Obenreizer habíase operado gran transformación; sus modales eran mucho menos seguros; en derredor de sus temblorosos labios había señas manifiestas de turbación profunda y violenta. ¿Acababa de decir algo que hubiese sublevado el corazón de Margarita? ¿Venía, acaso, de estrellarse contra la voluntad bien determinada de la joven? Quizá sí y quizá no. Pero, sea como fuere, es lo cierto que parecía un hombre despreciado y desesperado de serlo.

—He hablado a mi sobrina—dijo,—señor Vendale; ¿no la habrá cegado sobre los inconvenientes sociales de esa boda, el imperio que ejerce usted en su espíritu?...

—Permítame preguntarle—dijo Vendale,—si es ese el único resultado de su entrevista con Margarita.

Un rayo brotó de los ojos de Obenreizer a través de la nube.

—¡Oh! ¡Es usted dueño de la situa-

ción!—exclamó en tono de sumisión irónica.—La voluntad de mi sobrina y la mía solían no ser más que una. Ha venido usted a colocarse entre nosotros dos; y ahora, la voluntad de la señorita Margarita es la de usted. En mi país, sabemos cuándo somos vencidos, y entonces nos rendimos con gracia... con ciertas condiciones... Volvamos a la mención de su fortuna... Lo que hallo que objetar contra usted, es una cosa abrumadora y muy audaz para un hombre de mi condición que habla a un hombre de la de usted.

—¿Cuál es esa cosa tan abrumadora?

—Usted me ha concedido el honor de pedirme la mano de mi sobrina. Por ahora, con la expresión de mi más profundo agradecimiento y de mi más grandes respetos... declino tal honor.

—¿Por qué?

—Porque no es usted bastante rico.

Como lo había previsto Obenreizer, Vendale quedó muy sorprendido. Enmudecía.

—La renta de usted es de mil quinientas libras—prosiguió Obenreizer.—En mi miserable patria, yo me postraría de rodillas ante mil quinientas libras, y exclamaría que esa es una renta regia. Pero en la opulenta Inglaterra, digo que eso constituye una modesta independencia nada más. Tal vez fuera suficiente para una mujer de la condición de

usted, que no tuviera que vencer preocupaciones; pero no basta ni con mucho para una mujer de obscura cuna, para una extranjera que vería alzarse contra ella toda la sociedad. Si alguna vez tuviera que casarse con usted mi sobrina, veríase indudablemente obligada a efectuar los trabajos de Hércules para llegar a conquistar su categoría en el mundo. Quizá no sea éste el modo de ver de usted; pero es el mío. Yo pido que esos trabajos de Hércules se suavicen todo lo posible para la señorita Margarita. Dígame, señor Vendale, ¿podría, con sus mil quinientas libras, vivir en un barrio de moda, su esposa? ¿Podría tener lacayo que le abriera la puerta? ¿Un sumiller que escanciara el vino en su mesa? ¿Coche, caballos y lo demás?... Veo la respuesta en su rostro, que me dice que no... Muy bien... Una palabra más, y acabo. Tome usted la generalidad de las inglesas, sus compatriotas, de educación esmerada y completa gracia. ¿No es verdad que, a sus ojos, la dama que tiene casa en un barrio de moda, lacayo que le abra la puerta, sumiller que le vierta el vino en su mesa, carruajes en la cochera, caballos en las caballerizas, no es verdad que esa señora ha ganado ya cuatro gradas en la estima de sus semejantes? Eso es cierto, ¿sí o no?

—Acabe usted—dijo Vendale;—usted

mira todo esto como asunto de dinero. ¿Cuál es su precio?

—El menor precio con que pueda usted proveer a su mujer de todas las ventajas que acabo de enumerar y hacerle subir las cuatro gradas de que se trata. Duplique usted sus rentas, señor Vendale; en Inglaterra no se puede vivir por menos, ni aun con la más estricta economía. Hace poco decía usted que esperaba aumentar mucho el valor de su casa. ¡Manos a la obra! ¡Aumente ese valor! Yo soy buen hombre en medio de todo. El día en que me demuestre usted que su renta ha llegado a la cifra de tres mil libras, pídamela la mano de mi sobrina, y suya es.

—¿Ha comunicado usted ese arreglo a la señorita de Obenreizer?—preguntó Vendale.

—Claro que sí. Todavía conserva ciertos miramientos para conmigo, señor Vendale. Margarita acepta mis condiciones. En otros términos, se somete a los proyectos de su tutor, que la conservará en el camino de la felicidad, con la superioridad de experiencia que ha adquirido en este mundo.

Echóse luego en una butaca; había vuelto a entrar en plena posesión de su buen humor. Considerando la situación, creíase en aquel momento muy dueño de ella.

Una franca reivindicación de sus intereses, una protesta clara y enérgica, parecieron cosa inútil a Vendale, al menos en aquella ocasión. Nada bueno podía esperar entonces. Así es que perdió el habla, no hallando razón alguna para apoyarse o defenderse. O las objeciones de Obenreizer eran simple resultado de su manera de ver en aquellas circunstancias, o bien difería la boda, confiando deshacerla con el tiempo. En semejante alternativa, Vendale juzgó vana toda tentativa. No había para tan gran desdicha otro remedio que rendirse, poniendo por su parte el mejor proceder.

—Protesto de las condiciones que usted me impone—dijo.

—Es natural—contestó Obenreizer;— y me atrevo a decirle que, en su lugar, yo protestaría tanto como usted.

—Y, no obstante—añadió Vendale,— acepto su precio. Vaya por las tres mil libras. ¿En ese caso, puedo establecer a mi vez, dos condiciones? En primer lugar, espero que se me permita ver a su sobrina.

—¡Oh! ¡oh! ¡Ver a mi sobrina, es decir, inspirarle tanta impaciencia por caxarse como usted mismo siente!... Suponiendo que yo le dijese: «No, no le será a usted permitido», usted intentaría quizás ver sin mi consentimiento a

la señorita Margarita.

—Muy resueltamente.

—¡Admirable franqueza! ¡Eso es también deliciosamente inglés! Verá, usted, pues, a la señorita Margarita... ciertos días, cuando nos citemos juntos. ¿La otra condición?

—Su manera de pensar respecto a la insuficiencia de mi renta, me ha causado gran extrañeza—prosiguió Vendale; —deseo asegurarme contra la vuelta de esa extrañeza y... su causa. Las actuales ideas acerca de las cualidades deseables en el marido de su sobrina pueden tornar a modificarse. Hoy me exige usted una renta de tres mil libras. ¿Puedo estar seguro de que en lo por venir, a medida que se aumente su experiencia de Inglaterra, no se elevarán más sus deseos?

—En buen inglés, duda usted de mi palabra.

—¿Está usted decidido a fiarse de la mía, cuando venga yo a decirle: He doblado mi renta? Si no me engaño, me ha advertido usted, poco ha, que yo deberé traerle pruebas auténticas.

—¡Bien trabajado, señor Vendale! Sa- be usted unir la viveza extranjera con la gravedad inglesa. Le felicito. ¿Quiere usted también aceptar mi palabra escrita?...

Levantóse Obenreizer, sentóse ante un

pupitre colocado en una mesa, escribió unas líneas, y presentó el papel a Vendale, con un profundo saludo. El compromiso que acababa de contraer estaba del todo explícito, firmado, fechado cuidadosamente.

—¿Está usted satisfecho de esta garantía—le preguntó.

—Muy satisfecho.

—Me alegro de oírsele decir. ¡Ah! Acabamos de tener un pequeño asalto. En verdad que hemos desenvuelto prodigiosa destreza por ambas partes. Ya están nuestros asuntos arreglados por ahora. Yo no guardo rencor; usted, tampoco. Vamos, señor Vendale, un buen apretón de manos a la inglesa.

Vendale tendió la mano, aunque algo aturdido por la brusca transición de humor operada en Obenreizer.

—¿Cuándo puedo esperar a ver a la señorita de Obenreizer?—preguntó levantándose para salir.

—Concédame el honor de visitarme mañana mismo—dijo Obenreizer,—y arreglaremos eso juntos. Y tome usted un *grog* antes de marcharse... ¿No?... bien... bien... lo reservaremos para el día en que tenga usted tres mil libras de renta y esté a punto de casarse... ¡Ah! ¿Cuándo llegará ese día?

—Hace unos meses he hecho el inventario de mi casa. Si se realizan las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

ranzas que me da ese inventario, habré doblado mi renta...

—¿Y estará usted casado? —interrumpió Obenreizer.

—Y estaré casado dentro de un año. Adios. ¡Buenas noches!



VENDALE SE DECIDE

Al día siguiente, cuando, por la mañana entró Vendale en su despacho, estaba en muy nuevas disposiciones. Ya no le parecía insípida su rutina comercial de la Encrucijada de los Cojos: en lo sucesivo, Margarita estaba interesada en la cas. Todo el movimiento originado allí por la muerte de Wilding—a raíz de la cual el socio tuvo que proceder a la tasación exacta del valor de la sociedad,—el balance de los registros, la cuenta de débitos, el inventario del año, todo esto se transformaba ahora a los ojos de Vendale en una especie de máquina, en una ruleta que indicaba las probabilidades favorables o desfavorables de su boda. Luego de examinar los resultados que el tenedor de libros le mostraba y de comprobar las sumas y restas efectuadas por el empleado, Vendale concentró su atención en el departamento del pró-